

LOS CEROS



GALERÍA DE CONTEMPORÁNEOS

POR CERO



MÉXICO

IMPRENTA DE F. DIAZ DE LEON, EDITOR,

CALLE DE LERDO N^o 3.

1882



MANUEL PAYNO.

MANUEL PAYNO



ENGO la honra de presentar á ustedes á Manuel Payno, á quien le diré como Homero: «ni de tí, ¡oh atrida! se olvidaron los dioses inmortales, y de todos, Minerva la primera,» y vamos á tratarte y á retratarte con todo el cariño que nos mereces.

La cosa no es muy fácil, porque como dice Brucke: «la representacion del objeto debe provocar en el ojo del observador una impresion análoga á la que produciria el objeto mismo,» y yo desconfío de que haya en mi paleta colores tan suaves que puedan producir esa impresion al emprenderse el retrato de Manuel Payno, con quien es difícil tener un disgusto cuando se le llega á conocer íntimamente.

Sin embargo, pudiera ser que la semejanza fuera tan perfecta, que el público le acordara su aprobacion. Cosas más grandes se han visto; se cuenta, no sé con qué fundamento, que por motivos de emulacion, Zeukis y Parrhasio, los más famosos pintores de la antigüedad, convinieron en pintar cada uno un cuadro para competir en destreza. Zeukis pintó un ramo de uvas que los pájaros vinieron á picar. Parrhasio pintó un cortinaje, y al llegar Zeukis á visitarle, dijo: «descorre esa cortina para que veamos tu cuadro.» Convencido de su engaño, exclamó: «Zeukis ha engañado á las aves; pero Parrhasio ha engañado al mismo Zeukis.»

Aunque este es cuento, como todas las mentiras autorizadas, se refiere de cien maneras.

Y si hay quien desconozca el retrato, á fe que no hemos de hacer lo que Apeles, pintor famoso, cuando disgustado Alejandro Magno de un retrato que le hizo, lo presentó á Bucéfalo, y al relinchar el caballo del conquistador, exclamó el artista: «los animales tienen mejor conocimiento que los hombres.»

Manuel Payno es uno de los veteranos de nuestra literatura; se atrevió á escribir novelas en México, cuando esto se tenia por una obra de romanos, y fué, con Guillermo Prieto, con Domingo Revilla y con Juan Navarro, el vulgarizador de los buenos conocimientos literarios, como Figuiet y Flammarion lo han sido en Francia de la ciencia, y Alejandro Dumas, padre, de la historia.

Tambien Manuel Payno tiene, como Malanco, un museo en su casa. Me dirán que esto nada nos importa, pero asegura Xenofonte que: «no solamente las acciones sérias de los hombres distinguidos, sino aun las más sencillas, divierten y son dignas de memoria;» y apoyados en la autoridad del capitan á quien hizo famoso la retirada de los diez mil, seguiremos con el museo de Manuel Payno.

Con la misma facilidad se encuentra en su habitacion el castillo de San Juan de Ulúa hecho de popotes, que una borgoñota de los soldados de Francisco I; y lo mismo se puede contemplar un tejido de pluma de los dias de la Malinche, que el alfiler que se ponía en la corbata el Ministro Pitt; un cálculo vesical de Zumárraga, la tabaquera de Revillagigedo ó el breviario en que rezaba el Padre Margil.

Las ratas embisten algunas veces contra esos tesoros; pero Manuel Payno, que además de ser enemigo práctico de la pena de muerte, tiene una índole completamente pacífica, celebra con ellas tratados de paz como los Estados Unidos con los bárbaros, y establece reservaciones, llevándoles personalmente pedazos de pan y de azúcar. Las ratas se civilizan á tal grado, que llegan á comer en su presencia, como las gallinetas de Chateaubriand de que nos habla Alejandro Dumas. Un dia, sin embargo, las ratas se llevaron un tintero, y Manuel Payno siguió el ejemplo del emperador Teodosio el Grande en la in-

vasion de los francos: llamó en su auxilio á los godos, es decir, trajo un gato á vivir tranquilamente en su biblioteca. Por supuesto, el triunfo quedó por parte de Teodosio.

En política Manuel Payno tiene amigos y enemigos, en lo cual se parece á todo hijo de vecino, y no es extraño tratándose de contemporáneos que son pecadores, cuando de Teófilo, arzobispo de Alejandría el año de 389, decía el gran Padre San Gerónimo, que era *un verdadero santo*, al mismo tiempo que San Crisóstomo declaraba que era *el verdadero demonio*.

Pero como la política no importa á *Cero*, y aun cuando le importara, *Cero* no le importaría á la política; y como definitivamente *Cero* podría ser el San Gerónimo de Manuel Payno, dejamos ese

Campo de soledad, místico collado

sobre el que luchan tantos buscando su propia ruina, y vamos diciendo con Fray Luis de Leon:

¡Qué descansada vida

La del que huye el mundanal ruido!

Manuel Payno en su juventud se dedicó á la poesía. Eran los tiempos de Rodriguez Galvan, de Joaquin Teillez, de Franco *la Chauvet*, de Lacunza, de Lafragua y de Ramirez; lucian aún los genios de Quintana Roo, de Carpio, de Sanchez de Tagle y de Pesado.

Pero Payno poco á poco fué abandonando á las musas, quizá porque no se guisan con la economía política,

ó porque, como opina Macaulay, la poesía declina inevitablemente á medida que la civilización progresa. Ahora Manuel sólo ha quedado de orador en la Cámara, y en sus peroraciones usa de un estilo enteramente peculiar é inimitable. Jamas orador alguno ha subido á la tribuna con tanta tranquilidad, ni ha tratado al auditorio con más confianza. Por muy grave que sea el negocio, por muy acalorada que esté la discusión, por muy exaltados que se encuentren los ánimos, Payno se presenta impassible y habla como podría hacerlo en su despacho ó en una reunión de dos ó tres amigos acostumbrados á escucharle; no anda buscando ni las frases pomposas, ni las figuras poéticas, ni los golpes de teatro; muy pocas veces se exalta, y no hay peligro de que muera por la impetuosidad de su carácter, como el emperador Valentiniano despues de la derrota de los Quados, al echar en cara su ingratitude á los insurrectos.

Si están de humor las galerías para interrumpir su discurso y tosen ó dan tumultuosas señales de desaprobación, Payno dice con envidiable tranquilidad: «pues si, señor, he de decir la verdad aunque se enoje todo el mundo.»

El día que está de vena, con esa especie de conversación familiar en la tribuna, hace reír á la Cámara hasta que quiere, sin que la más leve sonrisa se dibuje en su rostro, y como si estuviera hablando solo.

En la tribuna, Manuel Payno piensa en voz alta; me-

te, por ejemplo, la mano en el bolsillo, y sin perder la entonación exclama: «ya perdí los apuntes que había yo hecho;» continúa su discurso, y luego sin preocuparse de que le están escuchando, dice al diputado que ve más próximo: «hágame vd. favor de ver si se han caído por ahí mis apuntes.» Ese valor y esa sangre fría son raros y envidiables. Cicerón, á pesar de que dominaba al pueblo, cuando defendía á Milón se acobardó tanto, que perdió su causa. Milón tuvo que escapar de Roma á media noche, y cuando recibió en Marsella el discurso de Marco Tulio perfectamente escrito, exclamó suspirando: Si Cicerón hubiera hablado como ha escrito, Milón no estaría en estos momentos comiendo salmónes en Marsella.

El estenógrafo de la Cámara puede con toda tranquilidad dar al redactor del *Diario de los Debates* los discursos de Payno, porque además de que éste habla como escribe, nunca se cuida de corregirlos, pues parece que lleva por lema: *quod scripsi, scriptum*.

Como de oradores y poetas de esta crónica, queremos presentar una ligera imitación de estilos, vamos á probar en el caso presente si alcanzamos buena fortuna en la parodia.

Supongamos que se trataba del Código: diría Manuel Payno:

«Pues señor, yo no entiendo cómo se puede llamar á eso administración de justicia: oigan ustedes cómo yo he visto que se hace alguno de nuestros Códigos: se nom-

bra, por ejemplo, á tres abogados, verbi gracia, á mi apreciable amigo el Sr. Alcalde que me escucha; al Sr. Lic. Linares que está aquí á mi lado, y al Sr. D. Guillermo Valle que está de Secretario de la Cámara.

«Pues bueno, resulta presidiendo la Comisión el Sr. D. Guillermo Valle, á quien ya todos conocemos, de un carácter amable, que anda siempre con una mascada de colores debajo del brazo, que se pone sus anteojos para leer y que fuma unos tabacos muy famosos: pues las juntas son en la casa del Sr. D. Guillermo Valle, aquí muy cerca, en la calle de Medinas: todas las tardes van llegando á eso de las cuatro, D. Joaquin Alcalde, en su *cupé* azul, ese que viene por él todos los días al Congreso; hablando con mucho entusiasmo, y subiendo las escaleras muy aprisa, y el Sr. Linares muy echado para atrás, con esa medida que ustedes le conocen. ¿Cómo va, Vallengito? ¿Cómo va, Joaquinito? ¿Cómo va, compañero?

«¿Qué hacemos esta tarde?—Pues nada, ahí tengo ya unos artículos del Código de Batavia y otros del ordenamiento de Alcalá, que me parece que han de quedar bien en la práctica.

«No se vayan á enojar estos señores de quienes estoy hablando, porque sólo es un ejemplo; no los creo capaces de que lo hicieran así, pero es un verbi gracia. Pues bueno, después de un año, con unos artículos del Código de Batavia, y otros del ordenamiento, y otros del Código francés, y otros del español, y si se ofrece hasta com-

pletando con un verso del Moro Expósito, le presentan un Código al Gobierno: llega aquí; se pasa á una Comision para que dictamine; nos reparten impreso el proyecto del Código en un libro muy gordo que nos vamos cargando cada uno á nuestra casa despues de que se acaba la sesion; la mayor parte de los señores diputados no le vuelven á hacer caso, ni siquiera lo mandan empastar: no vayan á incomodarse porque les digo esto; pero es la verdad.

« Yo sí, le mando empastar, porque tengo la curiosidad de hacer que empasten todos los proyectos de Códigos, y ya conservo en mi casa cerca de cuarenta, que les puedo enseñar á los señores diputados, aunque la verdad no he entendido ninguno.

« Llega el dia de la discusion; no hay discusion: aprobamos el dictámen con dos votaciones nominales; se pone en vigor el Código y empiezan las quejas contra los jueces: que si son malos, que si no saben administrar justicia, y todo eso que han oido los señores diputados mejor que yo, y la Administracion de justicia carga el pecado que debiamos cargar nosotros por no estudiar el proyecto; á la Nacion le cuesta quince ó veinte mil pesos ó más, para los abogados que lo trabajaron, y en esta parte sí me alegraria yo de que no fuera un ejemplo sino una verdad, que les tocara esta reparticion á los Sres. Lics. Valle, Alcalde y Linares. »

Y en todo este discurso Manuel ha pedido agua, ha

descansado y ha tosido como si se lo estuviera platicando á los tres del *verbi gracia*.

Nos preguntarán los hombres de la Cámara cómo sabemos todo esto; nos dirán quizá como dice Herodoto que le dijo la Pytia en Delfos á un rey que iba á fundar una colonia en Libia:

Sin ir á Libia que en ganado abunda,
¿ Pretendes saber más acerca de ella
Que yo misma, que allí á verla estuve?
; Tienes mucha confianza en tu talento!

Ciertamente nosotros no hemos ido como diputados á la Cámara; pero merced á la benevolencia del LEON que, sentado en las propiléas del templo de los legisladores defiende la entrada, nunca nos falta en las tribunas un buen lugar.

Payno ha sido un escritor fecundo, en el sentido de que es mucho lo que ha escrito para el tiempo de que ha podido disponer.

Así como una vaga reminiscencia conservo la idea de que él y Guillermo Prieto escribieron para el teatro. No hay que creérmelo, porque yo mismo estoy en duda de si era un drama ó una ley de presupuestos; un sainete ó un proyecto de Arancel de aduanas marítimas; porque en esto, tanto Payno como Prieto, han hecho una hibridacion de la Economía política con el Parnaso; sin duda porque la Economía política tiene por objeto el Fisco, y el Fisco ha sido en todas partes un Monte Parnaso,

no porque en él hayan vivido las Musas, sino porque en nuestro pueblo, eso de Monte Parnaso se entiende así como una cucaña, ó cosa por el estilo, en donde desaparece el respeto al derecho ajeno.

Como novelista, Manuel Payno se hizo famoso por su *Fistol del Diablo*: tengo la creencia de que Manuel no formó un plan para escribir esa novela, sin duda porque siendo hombre honrado, juzga que no es bueno tener un plan preconcebido; y un *arrier pensé* no cuadra á sus buenas intenciones, y de aquí es que la novela creció por acumulacion, pero llegó á su término; aunque no todos los suscritores tuvieron conocimiento de eso.

En el periodismo, Payno ha hecho un papel digno: jamas ha insultado á nadie, á pesar de que no ha faltado quien le insulte. El que ha tratado á Manuel, ya puede conocer un artículo suyo aunque no haya visto otro: hay hombres que se parecen mucho á sus cosas, y tanto, que bastaria ver un objeto de su uso para saber á quién pertenecia. Por ejemplo: un sombrero viejo de Don Bonifacio Gutierrez, ó una capa de Don Vicente Parada, colocados sobre un poste en la Alameda, denunciarian con mudos gritos, como diria nuestro poeta Agustin Cuenca, el nombre de sus antiguos poseedores. Hay levitas que acusan clérigo, aunque estén en un alquiler de trajes de máscara, como hay chalecos que vocean usura aunque cubran el abultado abdómen de un canónigo.

Se dirá: «supuesto que el estilo es el hombre, no es

ninguna novedad que los escritos de Payno retraten á su autor.» Yo contesto que hay moralistas cuyas obras se pueden enseñar como texto en los colegios, al paso que ellos hacen falta en un presidio.

Muchos pueden predicar como San Pablo: «haced lo que os digo, y no hagais lo que hago.» Pocos, como Aristides, tienen derecho de decir: «haced lo que hago aunque no entendais lo que digo.»

El escritor que escribe de buena fe, que dice lo que siente y lo que piensa, es el único á quien pueden denunciar sus escritos, porque son sus hijos y tienen que serle semejantes: el que no cumple con estas condiciones, tiene tanto derecho á que su estilo le denuncie, como puede tener cualquiera hijo de vecino á la semejanza con los hermanos de su mujer.

Manuel Payno es el mismo, en la conversacion, en la tribuna, en el libro y en el artículo del periódico: no tiene faces.

